



Capítulo 6

HISTORIA DE LAS LITERATURAS EN EL PERÚ

Raquel Chang-Rodríguez y Marcel Velázquez Castro, Directores generales

VOLUMEN 1

LITERATURAS ORALES Y PRIMEROS TEXTOS COLONIALES

Juan C. Godenzi y Carlos Garatea

Coordinadores

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

869.5009 Literaturas orales y primeros textos coloniales / Juan C. Godenzzi y Carlos Garatea,
H coordinadores.-- 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial: Casa de
1 la Literatura: Ministerio de Educación del Perú, 2017 (Lima: Aleph Impresiones).
 459 p.: il., facsím., retrs.; 24 cm.-- (Historia de las literaturas en el Perú / Raquel Chang-
 Rodríguez y Marcel Velázquez Castro, directores generales; 1)

Incluye bibliografías.

D.L. 2017-03677

ISBN 978-612-317-246-6 (v.1)

1. Literatura peruana - Historia y crítica 2. Literatura peruana - Historia y crítica - Época Colonial
3. Tradición oral - Perú - Época Colonial 4. Cronistas - Perú 5. Indígenas del Perú - Época Colonial
- Religión y mitología 6. Perú - Historia - Época Colonial I. Godenzzi, Juan Carlos, 1950-,
coordinador II. Garatea G., Carlos, 1966-, coordinador III. Chang-Rodríguez, Raquel, 1943-,
directora IV. Velázquez Castro, Marcel, 1969-, directora V. Pontificia Universidad Católica del
Perú VI. Casa de la Literatura Peruana VII. Perú. Ministerio de Educación VIII. Serie

BNP: 2017-1178

Historia de las literaturas en el Perú

Raquel Chang-Rodríguez y Marcel Velázquez Castro, Directores generales

Volumen 1. Literaturas orales y primeros textos coloniales

Juan C. Godenzzi y Carlos Garatea, Coordinadores

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe - www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

© Casa de la Literatura, 2017

Jirón Ancash 207, Lima 1, Perú

Centro Histórico de Lima. Antigua Estación de Desamparados

casaliteratura@gmail.com - www.casadelaliteratura.gob.pe

© Ministerio de Educación del Perú, 2017

Calle Del Comercio 193, Lima 41, Perú

webmaster@minedu.gob.pe - www.minedu.gob.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Imagen de portada: Manto Paracas, Horizonte Temprano (900 a.c.-200 a.c.)

Cortesía del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú

Primera edición: abril de 2017

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

ISBN (obra completa): 978-612-317-245-9

ISBN (volumen 1): 978-612-317-246-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-03677

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L

Jr. Risco 580, Lince. Lima - Perú

Las opiniones vertidas en estos ensayos son responsabilidad de los autores.

LAS PRIMERAS CRÓNICAS PERUANAS DEL SIGLO XVI

Fermín del Pino-Díaz

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España

Me propongo analizar los primeros informes europeos sobre el territorio del Perú atendiendo al contexto en que nacen, pero debo aclarar que en la mayoría de los casos no se trata de textos literarios que pretendan ser leídos por sí mismos. A los autores de la época solía interesarles contar una cosa realmente sucedida, remarcando la novedad del hecho relatado y sus méritos propios. Si hemos de atribuirle un *género* literario a estos tempranos escritos, asumo su cercanía a los relatos de viaje y, por ello, tendré en cuenta tanto el porcentaje relativo que tienen de narración como el de descripción, sabiendo que el porcentaje de esta segunda parte es generalmente mayor en la literatura de viaje. Como se ha observado: «[estos últimos] son relatos factuales, en los que la modalidad descriptiva se impone a la narrativa, y en cuyo balance entre lo objetivo y lo subjetivo tienden a decantarse del lado del primero, más en consonancia [. . .] con su carácter testimonial» (Alburquerque, 2011, p. 16).

Se examinarán las primeras crónicas de descubrimiento y conquista, como suele llamarse al conjunto de tan variados textos, teniendo en cuenta la procedencia más bien no culta de sus autores y también que hay letrados que preguntan y extractan la información ajena. Efectivamente, tales escritos proceden tanto del propio conquistador Francisco Pizarro, a través de sus secretarios o colaboradores —Francisco de Jerez, Pedro Sancho de la Hoz, Miguel de Estete— como de testigos afectos como Hernando Pizarro, o desafectos, como Cristóbal de Mena y Fernández de Oviedo. Como ya notó Guillermo Lohmann (1967), en el virreinato del Perú predominó inicialmente la información indiana de soldados y abogados —gente más bien poco ligada al proceso de catequización— frente a la preponderancia en México de una historiografía misional. En el Perú, las órdenes religiosas empiezan a escribir sus propios relatos y monografías más tarde que en México o Santo Domingo. Sin embargo, una segunda generación algo más culta de letrados y escritores de oficio —propiamente cronistas

e historiadores como Fernández de Oviedo, López de Gómara, Agustín de Zárate y Bartolomé de las Casas— aprovechó esos informes tempranos para ofrecer una narración más organizada internamente, menos sujeta a una coyuntura epistolar o de crónica apresurada, con pretensión de dar un panorama razonable de la presencia cristiana. Y ello sin contar los funcionarios reales o locales que rodearon inicialmente a los soldados y los sometieron a cuestionarios y otras actividades. Así, pues, la línea a seguir en este ensayo pretende cubrir estos dos primeros grupos que preceden al largo gobierno del virrey Toledo (1569-1581).

Queremos fijarnos especialmente en la capacidad que tuvieron estos escritores de captar la peculiaridad peruana a través de varios recursos cuya validez puede reconocerse en los textos, como el uso de la nomenclatura indígena o de informantes nativos o directos, así como el acierto crítico de sus interpretaciones. Si bien las crónicas de Indias han dejado de ser una fuente fundamental para construir la historia nacional, y mucho menos para el conocimiento de las sociedades originarias, todavía ofrecen un inventario relevante del pasado y del actual patrimonio cultural. Fueron, sin embargo, esenciales para la generación del Centenario —en particular para José de la Riva Agüero y Raúl Porras Barrenechea— que buscaba en esta documentación las primeras señas de identidad nacional acerca del paisaje, de la tierra y de las sociedades que habitaron un común territorio.

El maestro Raúl Porras hizo de ellas su laboratorio académico, en el que enseñó a varias generaciones de alumnos peruanos, y de paso a toda la colectividad internacional, a orientarse en el trato directo con el pasado del Perú. Porras nos hizo conocer muchas nuevas crónicas indianas, sea porque las localizó por primera vez, porque identificó su paternidad dudosa, o porque señaló su ausencia actual o —por el contrario— su larga trascendencia. Fue una autoridad sobre todo en el campo de las crónicas tempranas, sobre las cuales versaron algunas de sus primeras publicaciones de la década de 1930 (Porras, 1937). Por eso he considerado un deber valerme de sus lecciones sobre la cronística peruana, en especial de su famoso manual de 1944, editado en 1962 y ampliado en 1986, bajo la mirada experta del etnohistoriador Franklin Pease. La propia obra de Franklin Pease, *Las crónicas y los Andes* (1995), le sigue muy de cerca; ambos libros —el de Porras y el de Pease—, han merecido reediciones¹. Quiero recordar que Rolena Adorno reconocía, en 1996,

¹ El primero a cargo de Oswaldo Holguín Callo, como parte de la Biblioteca Abraham Valdelomar, colaborando el Instituto Raúl Porras Barrenechea con la Academia Peruana de la Lengua, 2014. Y la colección de Franklin Pease, en edición revisada y actualizada por Javier Flores Espinoza, publicada por la misma editorial, el Fondo de Cultura Económica, 2010. No he podido disponer de ninguna de estas dos ediciones, que gracias a Nicanor Domínguez sé que tienen alguna reforma respecto de la versión anterior.

que «La edición de Pease de Porras Barrenechea (*Los cronistas del Perú*) es la mejor fuente de cronistas indígenas y de toda la tradición historiográfica del Perú»².

La cronística peruana inicial es posterior a las más conocidas del Nuevo Mundo, la antillana, mexicana y centroamericana. Muchos de sus protagonistas, como el propio Pizarro, y otros personajes relevantes como Hernando de Soto, Sebastián de Benalcázar, Pedro de Alvarado, Gaspar de Espinosa o Pascual de Andagoya, habían participado en anteriores encuentros³. Sobre todo, debe destacarse que el primer descubrimiento peruano es coordinado a distancia, desde Panamá, lugar a donde llegan los informes iniciales para ser luego repartidos por el mundo⁴, y desde donde también salen los hombres y los recursos para avanzar en la conquista. Frente a la dificultad menor de la conquista de Tenochtitlan realizada en un año por Cortés, en los Andes las corrientes marinas contrarias, los impenetrables bosques selváticos o manglares y la sierra insuperable, impiden el avance y dan cierta ventaja a los nativos quienes tenían un poder más centralizado que en México. La particularidad geográfica del Perú determinará el resultado inesperado de una conquista que culmina con una súbita victoria final tras tres años de preparativos infructuosos y llenos de penalidades propias y ajenas. Para lograrla los españoles contaron con la necesaria ayuda de los propios sucesores incas, lo cual no ocurre en México, donde no se nombró otro superior *tlatoani* posterior a Motecuhzoma (Bandelier, 1892) ni existían varios *tlatoani* disputando el territorio.

De otra parte, el rico botín obtenido y la ejecución final del Inca Atau Huallpa o Atahualpa⁵ desencadenó en España una resistencia ética generalizada a la conquista americana. Esto justifica parte del éxito coetáneo de las relecciones o conferencias

² Es posible que la autora no conociera aún la versión personal de Pease del año anterior, de *Las crónicas y los Andes*, estando a su favor esta vez un interés más claro por la producción y el punto de vista amerindio. La obra de Porras, no obstante, tiene una gran coherencia en la defensa de sus puntos de vista (alguno discutible y apasionado, particularmente en defensa de Pizarro), madurados en una larga carrera de busca de documentación peruana. Ambas obras, sin embargo, padecían de cierta desarticulación interna, propia de una 'recolección' de estudios previamente publicados.

³ Por supuesto, algunos de los protagonistas de Perú participarán luego en los hechos del Amazonas, Chile o Río de la Plata, como Diego de Almagro, Pedro de Valdivia, o más tarde Antonio Ruiz de Montoya y Diego Torres Bollo, y figurarán en relatos de estas entradas.

⁴ En versiones españolas o traducidas, a las cuales tenemos que recurrir todavía: caso de *Nouvelles certaines des Isles du Peru* (1534), descubierto por R. Porras en 1937, o la *Relatione per sua maesta* de Pedro Sancho (1534), retraducido al español por Icazbalceta (1849) desde la colección de relaciones de viajes dirigida por Giovanni Battista Ramusio (1550).

⁵ Si bien los escritos de la época deletrean este nombre de varias maneras, en el curso del ensayo emplearé Atahualpa o Atau Huallpa. Hoy escribimos preferentemente Atau Huallpa, siendo el primer término su nombre personal y el segundo compartido con varios hijos de Huayna Cápac (Tupac Huallpa, Cusi Huallpa, tío de Garcilaso).

magistrales del P. Vitoria (*De Indis* y *De Jure belli Hispanorum in barbaros*, 1532)⁶, así como del lascasismo pocos años después. Curiosamente esa misma riqueza súbita y extrema del territorio peruano va a provocar una incitación a la rebelión contra las Leyes Nuevas de 1542 promovidas por Las Casas⁷, y luego un largo periodo de guerra civil entre pizarristas y almagristas. Estos hechos introducen en la crónica peruana una dimensión excepcional de prolongadas guerras entre españoles —como evidencian la parte mayor de los relatos de Cieza, Zárate, Gómara, El Palentino, el padre Gutiérrez de Santa Clara, Herrera—, que no existe en los otros territorios americanos. Esta parte nos interesa menos porque no nos lleva a un mejor conocimiento del tema que nos ocupa⁸.

1. LAS PRIMERAS NOTICIAS DEL PERÚ RECIBIDAS EN EUROPA

Antes de salir editadas en Sevilla las primeras noticias peruanas, aparecieron en Venecia, Nuremberg y Lyon algunos breves textos sobre la gesta de Pizarro. Eran hojas volantes de pocas páginas (2, 3, 8...) que circularon masivamente y de las cuales apenas conservamos ejemplares. En ellas se describen con enorme admiración los tesoros traídos a Sevilla por los aventureros afortunados que estuvieron en Cajamarca entre noviembre de 1532 y julio de 1533, y se ofrecen algunos detalles significativos del encuentro entre Pizarro y Atahualpa, como los vestidos lujosos, el servicio de los señores, los objetos artísticos de oro, etcétera.

El mérito del joven Raúl Porras, de visita en los archivos europeos en el periodo 1935-1941⁹, es haber mostrado ya —desde su segunda publicación parisina en 1937— que estas preciosas hojas volantes europeas, conservadas excepcionalmente en algunos archivos nacionales, dependían de informes oficiales españoles, transmitidos

⁶ Véase la sensibilidad del P. Vitoria sobre la conquista peruana: «... a lo que yo he entendido de los mismos que estuvieron en la próxima batalla con Tabalipa, nunca Tabalipa ni los suyos habían hecho ningún agravio a los cristianos, ni cosa por donde los debiesen hacer la guerra» (Carta al Padre Arcos, c. 1534, en Vitoria, 1975, p. 20).

⁷ En las que prohibía el término 'conquista', se abolía la encomienda 'de servicio' —o esclavitud— por la de tributo, y se declaraba no hereditaria. Tuvieron que ser poco después moderadas por Carlos V, para evitar una rebelión generalizada en el Nuevo Mundo.

⁸ Por razones perentorias de espacio, y porque me parecieron menos relevantes para nuestro caso, he dejado fuera los textos que se ocupan de las guerras civiles, y algunos de la primera generación (Diego de Silva, Ruiz de Arce, Enríquez de Guzmán y Pascual de Andagoya). Tanto Diego de Trujillo como Pedro Pizarro escriben ya en tiempos del virrey Toledo, a partir de sus recuerdos.

⁹ Ver la «Cronología de Raúl Porras Barrenechea» (Porras, 1986, pp. 907-913) para fijar su inquieto deambular por archivos nacionales y privados de España, Francia, Austria, Suiza, Alemania e Inglaterra, en busca de noticias del pasado peruano. Destacamos sus tres ponencias sobre crónicas peruanas de Indias en el Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla (octubre de 1935), como delegado oficial del Perú, logrando que el siguiente congreso internacional se celebrase en sede americana (mitad en México y mitad en Lima, en 1939).

al emperador y su familia o a sus corresponsales comerciales alemanes, franceses o italianos. Lo confirmamos por el empleo de términos claves en esas cartas («dirigido a Vuestra Majestad»), y también porque su contenido se atiene literalmente a algunos informes conocidos, por ejemplo, el del licenciado Gaspar de Espinosa¹⁰, permanentemente al tanto de los disensos entre los dos conquistadores Pizarro y Almagro, y quien comunica al rey las novedades peruanas en sucesivas cartas (ocho en total, entre agosto de 1532 y febrero de 1536) publicadas en el siglo XIX en colecciones españolas de documentos inéditos.

A esas conocidas hojas volantes, añadió Porras, dada su estrecha familiaridad con el personaje Gaspar de Espinosa, una carta nueva encontrada en el archivo secreto del Vaticano. Esta epístola es una copia posterior pero de fecha original 21 de julio de 1533, cuya autoría es indudablemente suya: lleva su nombre, aunque sin firma¹¹. En ella el letrado castellano obedece al interés peruano del rey, que le pidió informes precisos a través de una cédula de 19 de mayo ya que de estos tesoros peruanos dependían sus proyectos imperiales, en especial su ataque del puerto de Túnez¹². En su carta, Espinosa le describe al soberano el avance de las tropas y barcos españoles, así como la condición personal del inca Atau Huallpa¹³, hermano de otro inca que gobierna al sur, llamado aún «Cuzco», y no Huáscar:

La manera y estado que traía este Cacique era cosa mucho de ver porque su persona venía en unas andas muy ricas, cubiertas de paños tejidos de oro, e una almohada de lo mismo e de mucha pedrería... venían delante por el camino mucho número

¹⁰ Antiguo oidor de la audiencia de Santo Domingo, de donde dependía Panamá, asesor del gobernador Pedrarias y juez ejecutor de Núñez de Balboa, y hasta financiador secreto del proyecto de conquista de Pizarro y Almagro (a través del clérigo Hernando de Luque, como sospechó Porras).

¹¹ Hay numerosas e interesantísimas cartas del mismo Espinosa como esta (y otra del 10 de octubre), publicadas posteriormente por R. Porras en su siguiente recopilación documental (1959), que titulará *Cartas del Perú (1524-1543)*. En su prólogo el autor ubica esta obra como continuación de sus *Relaciones primitivas*, publicadas en París y de su *Cedulario del Perú, 1529-1538*, en 2 tomos (Lima, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1944).

¹² De hecho forzará a algunos de los hombres de Cajamarca a prestarle sus rentas a la llegada a Sevilla (como es el caso del caballero Juan Ruiz de Arce, que incluso fue invitado a Toledo para ser felicitado por ello por la emperatriz Isabel de Portugal, en ausencia de su esposo, a cambio, naturalmente, de honores y de una renta demorada a cobrar sobre impuestos reales).

¹³ Espinosa lo llama Atabálique. Al acentuar Atabálique, seguimos al filólogo Agustín Seguí, 2006, que analiza detenidamente la escritura de los cronistas y las leyes de la fonética quechua. La filología actual puede aceptar la transformación en los primeros oyentes y escribientes de su nombre como Ata bálica (Ata bálica o Ata bálipa), donde la 'll' es oída como 'li', pero no como 'li' acentuada, dado el acento común llano en el quechua y nahuatl. No existe tampoco el sonido de 'l' aislada en ciertas variedades del quechua, sino 'll'. A oídos castellanos no existe mucha diferencia fonética entre Atau Huallpa y *Atabálipa*, pero sí en *Atabalipa*. Varía inevitablemente la terminación fonética (pa, ba, ca, que), tal vez por falta de acento. Carlos Aranibar lo emplea en su edición de *Comentarios reales* (1991, II, p. 668b).

de indios, los unos barriendo el camino, y los otros haciendo juegos y cantando, tañendo sus instrumentos, a manera de *arayto*. Venían con él otros caciques y principales mucho bien aderezados: traían pasadas de diez mil ovejas, cargadas de sus vituallas y mantenimientos (Porras, 1937, p. 39)¹⁴.

El apasionado pizarrista Raúl Porras desconfía de los informes del licenciado Espinosa porque esconden una velada crítica a los conquistadores Pizarro y Almagro, quienes se peleaban entre sí y también carecían de experiencia a la hora del buen gobierno, como apunta el propio licenciado: «en las cosas de gobernación e administración de justicia... les falta experiencia e autoridad e habilidad necesaria» (Porras, 1937, p. 41). Evidentemente, Espinosa se estaba proponiendo a sí mismo como autoridad de gobierno, y es verdad que terminaría yendo al Perú a poner paz entre Almagro y Pizarro; murió en Cuzco, en 1537, mientras lo intentaba. Pero hay otro detalle de sus informes al rey que ha entusiasmado a lectores de nuestros días, como el antropólogo andinista John V. Murra (2002). Espinosa mostró admiración por la civilización inca desde el punto de vista técnico, y así lo evidencia su carta de octubre de 1533:

Los indios de las provincias del Perú es gente muy diestra en hacer e abrir caminos e calzadas e fortalezas, y otros edificios de piedra e tapiería, e de sacar agua e acequia. *Tanto que he visto que [en] los edificios dicen que nos hacen mucha ventaja a nosotros.* Mucho convernía [convendría] al servicio de Nuestra Majestad, y al bien de esta tierra e gobernación, sea servido de mandar pasar a esta gobernación algunos de ellos, por todas las vías e manera justas que para ello pudiere haber (a lo menos hasta en cantidad de dos mil). Y pasando, demás del bien común de todos los vecinos e tierra, los edificios y obras que Vuestra Majestad manda hacer —así de fortaleza e casa de fundición e contratación como el río Chagres— se haría a muy poca costa o casi ninguna, con brevedad. Y esta ciudad e los vecinos de ella edificarían todos de cal e ladrillo e tapiería... porque es gente de capacidad, e que tienen e viven en su república juntos (Porras, 1959, pp. 72-73).

Creo que esta admiración personal por la sociedad americana no es privativa de los funcionarios reales, ya que los propios combatientes sobre el terreno andino la sintieron. De hecho, los informes aprovechados por letrados y gente cultivada proceden de testigos del primer encuentro: estos últimos, por instinto de conservación, estaban atentos a cualquier novedad a pesar de las fatigas del viaje y la hostilidad

¹⁴ Se nota la influencia antillana para llamar «cacique» al inca, y «areíto» a los cantos con baile, cosa notada ya por Zárate y Fernández de Oviedo. Hemos modernizado nosotros la grafía, respetando la fonética de acuerdo al criterio editor de Ignacio Arellano y su Grupo de Investigación Siglo de Oro. Ver José Antonio Pascual (1990) y Arellano & Del Pino (2004). Nuestro énfasis interpretativo reside en la puntuación.

habitual de estos intercambios. Tomaremos uno de estos relatos iniciales recogido por los participantes de los primeros viajes de Pizarro, en este caso el del piloto Bartolomé Ruiz, en un principio atribuido al propio secretario personal de Pizarro, Francisco de Jerez. Así lo hace el maestro Porras, quien llama a este documento la «relación Xámano-Jerez», pues Juan de Xámano fue el alto funcionario imperial que firmó este informe, enviado a un familiar del emperador Carlos V y hallado en la biblioteca imperial de Viena. Ya Jiménez de la Espada lo había atribuido al piloto Bartolomé Ruiz¹⁵, y es lo más probable, pues lo comentado en el informe es siempre observado 'desde el agua', sin querer entrar en pelea con los nativos. El informe se centra parcialmente en la descripción de una balsa procedente de Túmbez, llena de productos elaborados para efectuar el intercambio:

Viendo los capitanes la poca manera que había en aquella tierra de poblar ni haberse provecho... acordaron de enviar un piloto [B. Ruiz]... la costa [a]delante mandándole que la siguiese dos meses... y allí vio tres pueblos grandes junto a la mar, y salieron algunos indios a él, que venían adornados de oro...y dixieron al piloto que se fuese con ellos... y estuvo allá dos días... Allí no había diferencia de la manera de los indios, mas de como Panamá... y d'allí descubriendo vieron que iba tierra muy llana y de muchas poblaciones... En esa tierra llana muy po//blada dieron algunas calas para tomar posesión e proveerse de agoa. Tomaron un navío en que venían hasta veinte hombres, en que se echaron al agua los once dellos y, tomados los otros, dejó en sí el piloto tres dellos... estos tres quedaron para lenguas, hízoles un buen tratamiento y trújolos consigo... Traían muchas piezas de plata y de oro para el adorno de sus personas, para hacer rescate con aquella con quien iban a contratar... Traían muchas mantas de lana y de algodón y camisas//... todo lo más muy labrado de labores muy ricas, de colores...

[...] y es gente de mucha policía [educación], según lo que parece... Tienen los pueblos muy bien trazados de sus calles, tienen muchos géneros de hortalizas y tienen mucha orden y justicia entre sí (Bravo, 1985, pp. 178-180, 183).

Como se observa, un piloto ve de otra manera su colaboración con los nativos. En contraste con un conquistador, acepta su invitación para visitar sus pueblos y admira los signos de educación que se le muestran, reconociendo que los otros pueblos pueden ser amigables y objeto de comercio. En este sentido vale recordar cómo el letrado Espinosa, cuyo interés en financiar la expedición de Pizarro al Perú con fines de lucro es conocido, admite el mérito de otras culturas y el servicio inteligente que estas pueden aportar para las propias necesidades urbanas de los cristianos.

¹⁵ Jiménez de la Espada no atribuyó la relación al funcionario ni mucho menos a Jerez. En esto le siguieron posteriormente algunos editores del documento, como Concepción Bravo o Miguel A. Guérin.

Pero no creo que debamos negar a los soldados del entorno de Pizarro la capacidad de percibir el territorio y las diferentes sociedades andinas, pues en más de media docena de casos nos han dejado un testimonio escrito que merece ser considerado. La primera información que aparece en España es titulada *La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla* (Sevilla, abril de 1534), y viene sin firma. No hubo nuevas ediciones castellanas hasta el siglo XX; sí aparecieron otras fuera de España, y la obra se tradujo al francés, y varias veces al italiano¹⁶. A pesar de su anonimato¹⁷, la crónica se halla escrita con enorme sinceridad. Esto atrajo la simpatía del maestro Porras, que la cita sin ningún prejuicio, aunque en muchos casos es un testimonio contrario al de Pizarro. Cabe recordar que su autor acusa a Pizarro de no haberle ofrecido al rey todo el quinto real —tributo del 20%— que le correspondía, y de no distribuir el botín equitativamente entre algunos participantes entre los cuales él mismo se ubica sin rebozo alguno: «Y a muchos de los que lo ganaron dio menos de lo que merecían: y esto dígolo porque así se hizo co[n]migo».

Gran parte del informe ofrecido bascula alrededor del botín de oro y plata, obtenido y buscado sin disimulo alguno por el anónimo autor y por el propio Pizarro. El texto muestra cómo el perspicaz Atau Huallpa parece reconocer este interés y lo aprovecha para negociar con el vencedor sobre su vida y libertad. Pero el mérito especial del relato es ubicar como eje del mismo al monarca inca y su poder militar y político, siendo muy breve el espacio concedido a los encuentros anteriores o posteriores, minuciosamente descritos en otras crónicas. Al comienzo del segundo párrafo, ya aparecen los actores principales de esta relación:

De allí fuimos a un pueblo llamado *Tangarara*, adonde hicimos una población que llamamos *Sant Miguel*. Allí tuvimos noticia de un gran señor llamado *Atabálipa*:

¹⁶ La traducción al italiano fue hecha ese mismo año (1534), al año siguiente y en la colección de Ramusio, tomo III, 1556, luego reeditado varias veces.

¹⁷ Aunque el documento fue utilizado por historiadores como William Prescott desde 1847, la autoría de la obra no fue atribuida al capitán Cristóbal de Mena o Medina hasta 1937, por Raúl Porras. La idea fue presentada en Sevilla como ponencia en 1935 al XXVI Congreso Internacional de Americanistas, pero sus actas no se publicaron hasta 1948. Sus numerosos argumentos para esta autoría han convencido a la mayoría de los tratadistas posteriores: el descontento con el reparto del botín de Cajamarca del relato coincide con la cantidad menor recibida por este capitán y con sus tratos con Almagro para asegurar recibir un suplemento del botín. Es evidente que se trata de un capitán por el protagonismo del relato, dado que asistió a entrevistas de Hernando Pizarro y de Soto con Atahualpa, y cuidó de la casa donde se depositaba el botín. Tal vez lo más relevante es que se sabe que era el personaje importante de la primera nao llegada a Sevilla desde el Perú, el 5 de diciembre 1533, de acuerdo al propio relato de Jerez, y que a su paso por Panamá en julio-agosto, manifestó al letrado G. de Espinosa llevar una relación al Rey y al presidente del Consejo de Indias, Francisco de los Cobos (cartas de 1 de agosto y 10 de octubre de 1533 a Los Cobos y al emperador, publicadas por Porras parcialmente en 1937 y luego completas en sus *Cartas del Perú*, 1959). Para nuestras citas he usado la edición de A. Pogo (1930) ofrecida en línea, en colación con las ediciones de Porras 1937 y Guérin 1986.

el cual tenía guerra con un su hermano mayor llamado *el Cozco* [Huáscar], al cual habían desbaratado ciertos capitanes del *Atabálipa*. Y él iba con gran ejército después de sus capitanes, a la sazón que llegó el señor gobernador Francisco Pizarro con sesenta de caballo y noventa de pie; porque los demás quedaban en el pueblo de Sant Miguel (*La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla*, en Salas, Guérin & Moure, eds., 1986).

Lleva razón Porras al señalar que el atractivo de esta crónica es su cercanía a los hechos y a los actores de cada lado, mencionados todos por su nombre: Pizarro, su hermano Hernando, los capitanes Soto y Benalzázar, Atahualpa, su hermano Cuzco —Huáscar— y su padre Cuzco Viejo —Huayna Cápac—, sus generales Chalchuchima y Quizquiz, e incluso algunos caciques locales que intervienen como ayudantes de la acción. El lector asiste en primera fila al desarrollo de las diferentes estrategias militares desplegadas por ambos bandos. Desnudo de ornamentos religiosos o actores secundarios, en el relato «la verdad aún no ha tenido tiempo para ser deformada», comenta Porras (1937, p. 86), subrayando su perdurable frescura narrativa. Esta disponibilidad espontánea del lector a creer al narrador se contagia fácilmente a medida que avanzamos en la lectura. Véase la escena del primer encuentro con Atau Huallpa de los dos actores más vivos del relato:

Y llegó Hernando de Soto con el caballo sobre él, y él se estuvo quedo sin hacer mudanza: y llegó tan cerca que una borla que el cacique tenía tocada, puesta en la frente, le aventaba el caballo con las narices y el cacique nunca se mudó. El capitán Hernando de Soto sacó un anillo del dedo, y se lo dio en señal de paz y amor de parte de los cristianos: él lo tomó con muy poca estima. Luego vino Hernando Pizarro, que [...] traía a las ancas del caballo un indio que era la lengua. Y allegóse al cacique, con muy poco temor dél y de toda su gente, y díjole que alzasse la cabeza, que la tenía muy baja, y que le hablasse pues él era su amigo, y le venía a ver: y rogóle que por la mañana fuesse a ver al gobernador, que le desseaba mucho ver. El cacique le dijo, con la cabeza baja, que él iría por la mañana a verle (*La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla*, en Salas, Guérin & Moure, 1986).

Finalmente, atendamos al autor cuando nos comunica cómo era una casa real en Cuzco, donde se guardaba la momia de los antepasados:

En aquella casa estaban muchas mujeres, y estaban dos indios en manera de embalsamados: y junto con ellos estaba una mujer viva, con una máscara de oro en la cara, ventando con un aventador el polvo y las moscas: y ellos tenían en las manos un bastón muy rico de oro. La mujer no los consintió entrar dentro, si no se descalzassen: y descalzándose fueron a ver aquellos bultos secos y les sacaron muchas piezas ricas.

Y no se las acabaron de sacar todas, porque el cacique Atabálipa les había rogado que no se las sacasen, diciendo que aquél era su padre el Cuzco [Huayna Cápac, *Cuzco viejo*]: y por eso no osaron sacarle más. Así cargaron su oro, que el capitán que allí estaba les dio el aparejo que pudo (*La conquista del Perú, llamada la Nueva Castilla*, en Salas, Guérin & Moure, 1986).

Es verdad que el autor solamente atiende a su interés material, pero la descripción precisa que nos ofrece del enemigo nos informa a nosotros —lectores atentos— de mucho más que de su interés. Por el contrario, el relato oficial de los secretarios de Pizarro brinda muchos detalles ajenos al drama principal; aparentemente los autores quieren mostrarse como cristianos correctos y no nos transmiten la realidad con esa intensidad.

Como se sabe, para que informasen de su gesta a la autoridad y al público, Pizarro tuvo dos secretarios sucesivos de cartas: el caballero Francisco de Jerez y el soldado Pedro Sancho de la Hoz, encargados de relatar la conquista peruana desde la primera salida, en la década de 1520, hasta la toma de Cajamarca a fines de 1532 y la prosecución del control militar en el resto del Imperio incaico (Jauja, Cuzco y Quito)¹⁸. La excursión de Cajamarca a Pachacámac fue narrada particularmente por el caballero Miguel de Estete, cuyo relato recogió el propio Jerez como adenda. El cronista general Fernández de Oviedo repetiría en su historia este recuento de Estete recogido por Jerez con otros informes inéditos. Tendremos en cuenta todos estos relatos en forma panorámica, para tener una idea general de sus peculiaridades.

Comenzaremos por Francisco de Jerez, primer secretario de Pizarro, que nos narra los viajes de la conquista del Perú hasta la prisión de Atau Huallpa en Cajamarca, tras lo cual regresa herido a su patria sevillana donde gozará de las rentas obtenidas. Nos encontramos ante la crónica oficial de Pizarro que ha sido más veces reproducida y ha marcado las descripciones posteriores¹⁹. Lo primero a decir es que su mismo nombre (*Verdadera relación...*) expresa su carácter de réplica a la anterior de Mena —publicada en la misma editorial tres meses después, aunque no la mencione nunca—. La *Verdadera relación* no nombra directamente a persona

¹⁸ El carácter de secretarios para redactar lo ocurrido por parte de Jerez y Sancho fue reconocido en el mismo reparto del botín, cuyas actas conservamos por Sancho: «A Francisco de Jerez, 8882 peso de oro y 362 marcos de plata. A Pedro Sancho, 4440 pesos de oro y 181 marcos de plata. Más al dicho Jerez y a Pedro Sancho *por escritura de compañía*, 2250 pesos de oro y 94 Marcos de Plata» (cursivas nuestras).

¹⁹ La reprodujo Fernández de Oviedo en 1547, en el segundo tomo de su *Historia* (y la volvería a recoger en los primeros 15 caps. del libro 46), se traduciría al italiano en 1535 y 1556, al inglés en 1625 y 1872 (Markham), al francés en 1837 por Ternaux-Compans y en 1982 por P. Duviols, y al alemán (1842). Finalmente al japonés en 1980, sin contar las innumerables ediciones peruanas, mexicanas, argentinas y españolas (Vedia, Rodríguez Moñino, Concha Bravo ...). Se ha hecho incluso un estudio de crítica literaria del mismo (Caballero Wangüemert, 1982), y una biografía del autor (Jiménez Placer, 1911).

alguna de la hueste pizarrista que no sea el jefe y su hermano Hernando, a quienes se dirigen todas las loas. Se trata de un relato minucioso de un centenar de páginas, con una introducción dedicada a los viajes preparatorios hasta tener noticia del imperio inca. La narración es lenta porque Jerez describe los lugares y los pueblos recorridos hasta encontrar su objetivo, el gran Atahualpa.



Ilustración 1. Retrato de Atahualpa como el último Inca de una serie dinástica de catorce soberanos (c. 1750-1800), basado en una serie de grabados de Antonio de Herrera a su vez tomados de un grupo pictórico. Brooklyn Museum, Nueva York, EE.UU. Foto 1995.29.14. Dominio libre.

Corre la idea desde el cronista real Fernández de Oviedo (libro 46, cap. 14) de que Jerez «no procede con buen estilo»; efectivamente, su relato es moroso, incluso a veces escribanil —se echa a faltar la sinceridad y espontaneidad del anónimo atribuido al capitán Mena—. Porras lo aprecia mucho porque da una imagen siempre positiva de Francisco Pizarro, su héroe, aunque no sea tal vez su narración preferida: «Ninguna apreciación subjetiva se le escapa sobre hombres ni sucesos. Prefiere narrar o transcribir secamente el diálogo, con frialdad de micrófono» (Porras, 1986, p. 97). Yo subrayaría, sin embargo, cierto respeto a los diferentes actores —aunque no siempre se den sus nombres—, manifestado en los numerosos diálogos. Importa, sin embargo, que su crónica contenga mucha información sobre paisajes, caminos, ciudades, viviendas, etcétera. Además, me gustaría destacar en Jerez una cierta apertura intercultural que María Caballero ya observó: «Deberemos señalar que, en ocasiones, Francisco de Jerez supera la tradicional dicotomía buenos / malos que subyace a estas obras, para resaltar algún valor positivo en la masa indígena de determinada región» (Caballero, 1983, p. 318).

Para mí, eso se traduce en una conciencia creciente de las virtudes de cada pueblo visitado, que progresivamente los acerca a España. Al llegar a los poblados de Caxas y Guacamba (Huancabamba), advierte la influencia incaica por «un camino ancho, hecho a mano, que atraviesa toda aquella sierra, y viene desde el Cuzco a Quito, que hay más de trescientas leguas», y unos puentes sobre los ríos que no carecen de control de paso, y casas bien provistas: «Y dijo [el capitán enviado a inspeccionar, al gobernador Pizarro] que aquellos pueblos tenían buena orden, y vivían políticamente» (Bravo, pp. 87-88)²⁰. Finalmente, llegan al campamento del inca en Cajamarca el 15 de noviembre, «viernes, a la hora de vísperas», y se asientan en la ciudad cercana:

Entretanto mandó ver el pueblo... y, visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza... La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada, con dos puertas que salen a las calles del pueblo. Las casas son de más de doscientos pasos en largo... de altura de tres estados... [con] aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros... de piedra de cantería muy bien labradas... La gente de todos estos pueblos, después que se subió a la sierra, hace ventaja a toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razón (Bravo, 1985, pp. 103-104).

²⁰ Empleamos siempre nuestro criterio editorial, como dijimos, especialmente en la puntuación. En este caso la editora asumió la decimonónica de Enrique de Vedia (1853), reiterada en la de la B.A.E., tomo XXVI, 1946, pp. 319-343.

A nivel personal, tras incluir los detalles biográficos que conoció después sobre Atahualpa, ya en prisión, nos ofrece un retrato favorable del inca:

Atabáliba era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso, el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad como gran señor. Hacía muy vivos razonamientos que, entendidos por los españoles, conocían ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo²¹. Hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría (Bravo, 1985, p. 123).

Esa misma actitud de relativo aprecio a lo ajeno asoma en la redacción del caballero Miguel de Estete, que Jerez incorpora al final de su crónica (Bravo, 1985, pp. 130-148) para relatar mejor la marcha de Hernando Pizarro con treinta jinetes al santuario de Pachacámac, llamado «mezquita»²², para apoderarse del oro. El viaje de ida, según Oviedo, fue de unas 250 leguas o más de mil kilómetros. En el trayecto Hernando Pizarro pasó por la vecina Jauja y logró llevar a Cajamarca el oro obtenido en el viaje, así como el que recogiera el capitán incaico Chalchuchima. Es una relación breve, con carácter de itinerario, en la que sin desmayo informa, casi semanalmente, sobre los poblados que atraviesan y los diferentes paisajes hasta la costa, cercana a Lima. La relación llama continuamente la atención sobre la riqueza lograda en plata y oro; un ejemplo resaltante lo encontramos cuando, al regreso, se quedaron sin herraduras para sus caballos y ensayaron confeccionarlas en plata.

Como Jerez, muchas veces Estete repite también el cotejo entre Perú y España: «tienen sus casas en las sierras al modo de España» (Bravo, 1985, p. 132), o «y en cierto tiempo del año los llevan allí a apacentar, como hacen en Castilla [cuando los llevan] en Extremadura» (p. 134); o finalmente describiendo Jauja: «Este pueblo de Jauja es muy grande y está en un hermoso valle; es tierra templada, pasa cerca del pueblo un río muy poderoso, es tierra abundosa, el pueblo está hecho a la manera de los de España, y las calles bien trazadas» (p. 144).

A Estete se le atribuye la autoría de *El descubrimiento y la conquista del Perú* (;1542?), un relato de toda la conquista descrito como manuscrito no firmado por el cronista ilustrado Juan Bautista Muñoz y publicado en 1916 por Jijón y Caamaño, y en 1918 por Carlos M. Larrea²³. En todo caso, este recuento es todo lo contrario

²¹ «Cruel, áspero, despiadado» (DRAE, 8, figurado).

²² La editora acertadamente advierte que este paralelismo de lo andino con lo morisco, frecuente en las crónicas, no indica desprecio, sino distancia cultural percibida por el hablante.

²³ Lo editó Jacinto Jijón y Caamaño en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* bajo el título de *Noticia del Perú* (Quito, 1916). Ha sido publicado otras veces en Perú (Urteaga, 1938; Biblioteca Peruana, 1968, tomo I), y puede consultarse en línea, en «Cervantes virtual». Tomamos de ahí (2009)

a un itinerario escueto y allí afloran reflexiones de un hombre inteligente y perceptivo. Por ejemplo, cuando quiere explicar el asombro de los nativos de Atacames, en la costa de Esmeraldas, ante los caballos:

En esta costa de Tacanez salieron los indios a los cristianos y pelearon con ellos muy reciamente; y al principio (como ellos nunca hubiesen visto caballos y el dicho capitán Pizarro llevase cuatro o cinco), al tiempo del romper los unos con los otros uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fue tanto el miedo que tuvieron que volvieron las espaldas dando voces a los suyos diciendo que se habían hecho dos, haciendo admiración de ello [...] y aunque en la liviandad del huir se arguya flaqueza de ánimo, [fol. 3r] *el discreto considere que, jamás aquellas gentes habían visto las nuestras, tan diferentes de ellas; ni tampoco caballos, los cuales a quien no los ha visto ni oído decir no pueden dejar de causar admiración* (Larrea, 1918, pp. 349-350, cursivas siempre mías).

Igualmente se pregunta por qué Atahualpa les permitió a los cristianos acercarse tanto a su campamento de Cajamarca, sin atacarles. Merece la pena apreciar la sutileza de este párrafo:

si el Atabálica se previniera de tener allí gente, fuera escusado pasar adelante; pero como Nuestro Señor era servido que la tierra se conquistase y se allanase, permitió que éste no se apercibiese de esto; antes, teniéndonos en muy poco y no haciendo cuenta que ciento y cincuenta hombres le habían de ofender, dio lugar y consintió que pasásemos por aquel paso, y por otros muchos tan malos como él. Porque realmente, a lo que después se supo y averiguó, su intención era vernos y preguntarnos de dónde veníamos y quién nos había echado allí y qué queríamos, porque era muy sabio y discreto y, aunque sin luz y escritura, amigo de saber y de sutil entendimiento; y, después de holgádose con nosotros, tomarnos los caballos y las cosas que a él más le placía y sacrificar a los demás... (Larrea, 1918, p. 360).

la referencia de páginas a partir de *Poesía popular, alcances y apéndice*. México, J. M. Cajica, 1960, pp. 343-411 (Biblioteca Ecuatoriana Mínima). Se trata de un cuaderno de doce pliegos conservado en el Archivo General de Indias (AGI), Sección Patronato, que J. B. Muñoz ya notó que estaba incompleto. Su paternidad se atribuye a Estete, porque así es mencionado al principio, tal vez por indicación de mano del cosmógrafo mayor López de Velasco: «De los papeles del Arca de Santa Cruz, de Miguel de Estete». No hay coincidencias con su relato del viaje de Hernando Pizarro, pero tampoco es contradictorio. Hizo una cuidada edición Miguel A. Guérin, 1986, sin conceder la autoría a Estete, como tampoco aceptaba entonces la autoría del capitán Mena al anónimo de Sevilla.

No hay espacio suficiente para recoger la finura de las descripciones de este autor en los dos contactos directos con Atau Huallpa, tanto en el campamento vecino como al día siguiente a la llegada a Cajamarca. Su relato, en todo caso, difiere mucho del de otros testigos directos, incluso cuando describen lo mismo. Sutilmente nota que, si bien los incas no tenían escritura, no les faltaban modos de retener el pasado que el autor asemeja a un sistema tradicional castellano: la historia transmitida por medio de los «romances de viejos» versificados, retenidos en la memoria de los analfabetos:

Es de saber que esta tierra, a la cuenta de los más ancianos, no había noventa años que era sujeta a príncipe, y daban por memoria y nombraban todos los príncipes que había habido; y, aunque no tienen escrituras, por ciertas cuerdas y nudos recuerdan a la memoria las cosas pasadas. Aunque lo más principal de acordarse es por los cantares que tienen, *como acá tenemos de cosas y batallas pasadas antiguamente*: que, si [nos] faltase la escritura, por aquellos cantares tendríamos memorias de los pasados que hicieron hazañas señaladas (Larrea, 1918, p. 380).

Creo que estas expresiones y formas de ver el mundo del otro revelan un espíritu abierto, superior a lo normal. Este espíritu también lo tenía de otra manera Hernando Pizarro, quien elaboró un relato de la conquista a su paso por Santo Domingo, en octubre de 1533. En este ofrece una visión muy sintética de los hechos que nos transmitirá luego, de manera literal, Gonzalo Fernández de Oviedo, por entonces alcaide de Santo Domingo y cronista general de Indias. Oviedo le dedica al relato de Hernando el capítulo 15 del libro 46 (Fernández de Oviedo, 1959, V, pp. 84a-90b): «una carta que el capitán... escribió a la Audiencia Real... de Sancto Domingo..., donde tocó, yendo a España con una nao cargada de oro e plata para dar relación al Emperador...».

Hernando nos ofrece tal vez la versión más genuina sobre el proceso de conquista seguido por su hermano, de quien fue mano derecha (Porrás, 1986, p. 80). Es evidente que para la hueste española todo se endereza a su gusto cuando tiene noticia cercana del imperio inca, a cuya conquista se lanzó con la misma determinación que empleó Atahualpa para capturar a los europeos en una encerrona, según el propio Inca le comentó a Hernando, con quien al parecer congenió mucho. El proyecto fracasó porque le informaron mal sobre el uso cristiano de los caballos en la noche, cuando los desensillaban y dejaban de ser operativos en el enfrentamiento. Por eso Atahualpa pretendió detener el paso durante un día entero y así llegar de noche. Al parecer, cada uno perseguía denodadamente lo que tenía el otro —caballos, oro— y empleaba para ello todas sus armas. ¿Por qué no admirar a ambos —Atahualpa y Pizarro— atendiendo a sus estrategias respectivas y prescindiendo del éxito final?

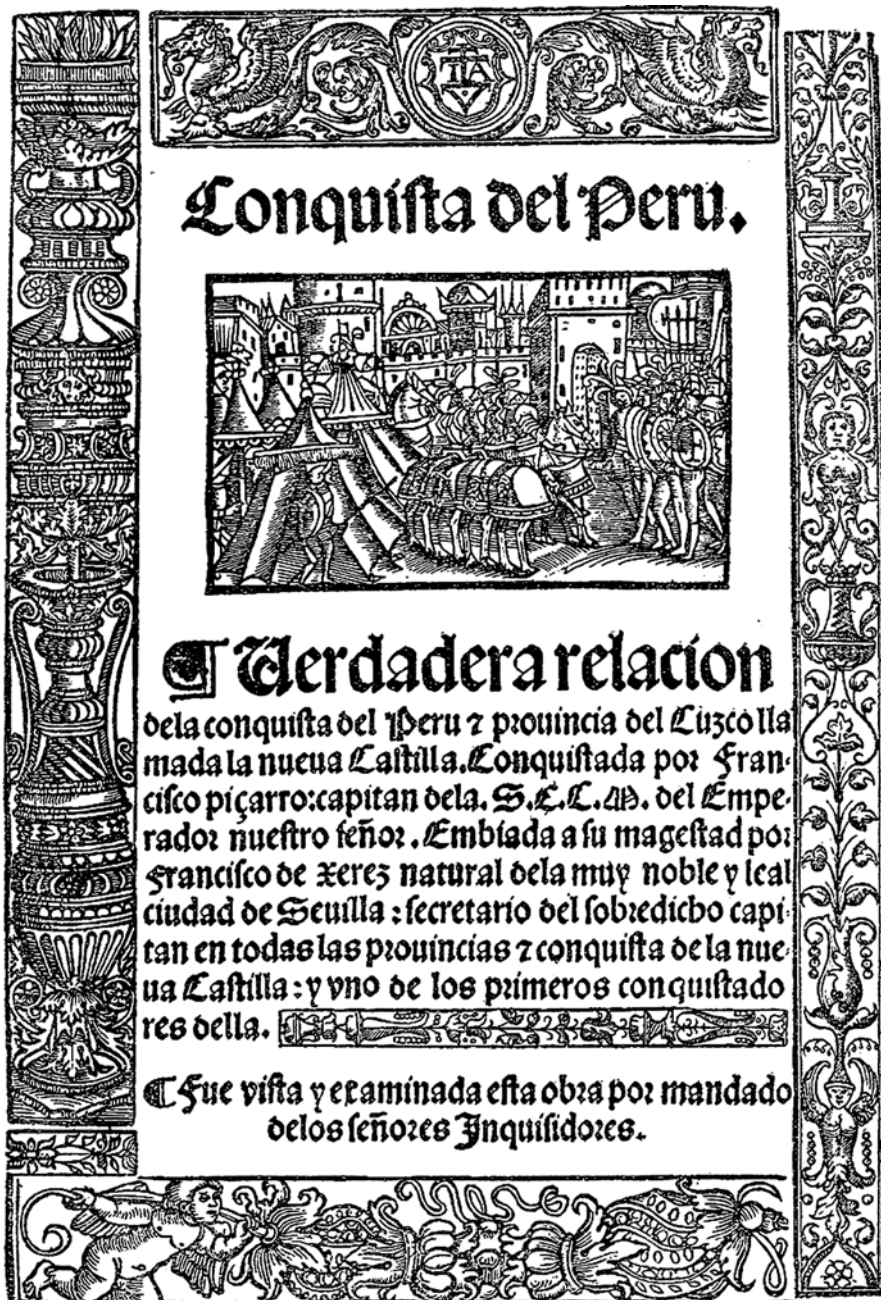


Ilustración 2. Grabado del encuentro de Atahualpa y Pizarro en Cajamarca. Anteportada de *Verdadera relación de la conquista del Perú* (Sevilla, 1534) de Francisco de Xerez (o Jerez), uno de los secretarios de Francisco Pizarro. Cortesía de la John Carter Brown Library, Providence, Rhode Island, EE.UU.

Hernando comprendía bien las intenciones de su enemigo cuando confesaba: «segund después pareció, dijo verdad en todo» (Fernández de Oviedo, 1959, p. 87a). Oviedo reconoce el protagonismo de Hernando en el trato hispano con el inca cuando comenta: «este capitán fue mucha parte en los negocios de Atabáliba y en las cosas de aquella parte» (p. 84b), hasta el punto de que algunos han acusado a Francisco de alejar de Cajamarca a su hermano Hernando. Y algo se barrunta en su relato: «Después de yo venido... hicieron justicia de él» (p. 90b). En efecto, el inca fue ejecutado poco después del regreso de Hernando de Pachacámac. Ahora bien, Hernando se interesaba por Atahualpa como un enemigo a quien respetaba como tal, y lo mismo puede decirse de su inclinación hacia lo andino e incaico, como revelan párrafos recordatorios de su carta en pleno viaje de regreso:

El camino de la sierra es cosa de ver porque, en verdad, en tierra tan fragosa en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada. Todos los arroyos tienen puentes de piedra o de madera... hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver. Pasamos por ellas los caballos... Estos caciques de la sierra e gente tienen más arte que no los de los llanos... A estos pueblos del camino vienen a servir todos los caciques comarcanos... e cuentan por unos nudos en unas cuerdas de lo que cada cacique ha traído..., de manera que en todo tienen muy grand cuenta y razón. Llegados a los Llanos, que es en la costa, es otra manera de gente más bruta, no tan bien tractados, mas de mucha gente... Toda esta tierra de los Llanos, e mucho más adelante, no tributa al Cuzco sino a la mezquita [de Pachacámac]... Yo creo que no hablan con el diablo sino que aquellos servidores suyos engañan a los caciques, por servirse dellos; porque yo hice diligencia para saberlo... Y segund parece, los indios no adoran a este diablo por devoción sino por temor: que a mí me decían los caciques que hasta entonces habían servido a aquella mezquita porque le habían metido miedo, que ya no había miedo sino a nosotros, que a nosotros querían servir (Fernández de Oviedo, 1959, pp. 88a-89a).

Como se ve, la mirada de Hernando parece ‘querer comprender’ al otro, pero no parece saber guardar la paz interna, al menos con aliados como Almagro. Luego de su regreso de España, su cruenta participación en la guerra civil contra el bando de Almagro —que le apresa en Cuzco, pero termina ejecutado por él— le condenará a veinte años de prisión en España y le impidió gozar de la enorme riqueza acumulada.

A partir del regreso a España del secretario Jerez, poco después del de Hernando Pizarro y del capitán Mena, se encargó de relatar el posterior avance español por los Andes otro secretario de Pizarro: un perspicaz soldado de a pie, Pedro Sancho de la Hoz. Como explica el título de su obra, Sancho de la Hoz toma el asunto donde lo dejaron los anteriores secretarios: *Relación de lo sucedido [...] después que el capitán*

*Hernando Pizarro se partió...*²⁴. La *Relación* tiene diecinueve capítulos y menciona varias veces las versiones anteriores de Jerez y Estete, como información conocida por él. Comienza describiendo la prisión y muerte de Atau Huallpa, justificándola por haber preparado este un ataque masivo, creyendo aprovechar la partida de algunos españoles de Cajamarca para embarcarse a España con el tesoro reunido²⁵. Luego nos habla del nombramiento de un sustituto del inca, escogido por Pizarro para el cargo: Túpac Huallpa, o 'Toparca' según Icazbalceta, a quien Sancho adjudica el mismo nombre de Atau Huallpa. El autor justifica esta acción porque «de no ser así, resultaría gran confusión, porque cada uno se alzara con su señoría, costara gran trabajo traerlos a la amistad de los españoles y al servicio de S. M.» (Sancho de la Hoz, 1849, p. 142).

El resto del relato se dedica a describir el viaje de Cajamarca a Jauja y Cuzco, llevando consigo al capitán Chalchuchima y al nuevo inca cuzqueño, que fallece por causa desconocida, aunque algunos culpan al capitán quiteño de provocar esta muerte. Tras ver peligrar su seguridad personal, encadenan y ejecutan al capitán; después nombran a otro inca —también hermano de Atau Huallpa, cuya coronación tradicional se observa— y vencen en Quito a las tropas rebeldes bajo el mando de otro capitán de Atau Huallpa, Quizquiz. Aparte de las guerras defensivas sostenidas sin descanso, ya con nuevo inca, el autor describe las ciudades importantes (Cuzco, Jauja, y las ubicadas en la costa y la planicie meridional, el Collao), así como el sistema de gobierno bajo Huayna Cápac para concluir con un listado del botín de Cajamarca. La mayor parte del relato se centra en la temida situación de unos pocos soldados españoles ante la muchedumbre de tropas nativas, aún gobernadas por capitanes quiteños opuestos a los incas cuzqueños recién nombrados. Sin embargo, al fin del relato Sancho de la Hoz se ocupa de describir tanto puentes como las tierras diversas de las cuatro partes del Tahuantinsuyo y sus límites (*Antisuyo* al oriente, *Cuntisuyo* al occidente, *Chinchaisuyo* al norte y *Collasuyo* al sur). Va caracterizando a los habitantes de cada región en términos climático-culturales; predomina, sin embargo, la idea de la superioridad de la sierra sobre los llanos.

²⁴ No conservamos la versión castellana original, sino la italiana, obra de Giovanni Battista Ramusio, recogida en el tercer volumen de sus *Viajes y navegaciones* (1550, aunque tuvo luego varias reediciones), fue copiada al inglés por Samuel Purchas (1625). No sería hasta 1849 que el joven erudito mexicano Joaquín García Icazbalceta la ofrecería como anexo a su traducción de la *Historia de la conquista del Perú*, de W. H. Prescott (II, pp. 679-765). Según nos informa Icazbalceta, Ramusio incluyó en su tomo III (dedicado al Nuevo Mundo) no solamente a Sancho sino a Jerez y el anónimo del capitán Mena. Cito por la segunda edición de Icazbalceta en el vol. 8 de sus *Obras completas*, 1989, pp. 299-423, disponible en línea.

²⁵ Se sabe que fueron 25 quienes obtuvieron ese permiso de Pizarro, pero no todos sus nombres.

Como un paradigma de la ‘gente de la sierra’, describe luego al Cuzco como lo mejor del país:

Ningún señor de los que han gobernado estas provincias ha hecho nunca caso de la gente de la costa, por ser ruín y pobre como se ha dicho, que no se servían de ella sino para traer pescado y frutas: pues, por ser de tierra caliente, luego que van a aquellos lugares de sierras se enferman por la mayor parte, y lo mismo sucede a los que habitan las montañas, si bajan a la tierra caliente [cap. XVI].

La ciudad del Cuzco, por ser la principal de todas donde tenían su residencia los señores, es tan grande y tan hermosa que sería digna de verse aún en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre, y cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los caciques, aunque éstos no habitaban en ella de continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y las otras tienen la mitad de la fachada de piedra [...] Sobre el cerro que [hay] de la parte de la ciudad —es redondo y muy áspero— hay una fortaleza de tierra y de piedra muy hermosa [Sacsahuaman]; con sus ventanas grandes que miran a la ciudad y la hacen parecer más hermosa [...] Tiene tantas estancias y torre[s] que una persona no la podría ver toda en un día; y muchos españoles que la han visto y han andado en Lombardía y en otros reinos extraños, dicen que no han visto otro edificio como esta fortaleza, ni castillo más fuerte. [...] Los españoles que las ven dicen que ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los romanos, no son cosa tan digna de verse como esto. La ciudad de Tarragona tiene algunas obras en sus murallas hechas por este estilo, pero no tan fuerte ni de piedras tan grandes... (Sancho de la Hoz, 1849, cap. XVII).

2. LAS PRIMERAS NOTICIAS PERUANAS DIVULGADAS POR ESCRITORES POSTERIORES

Hemos mencionado varias de las noticias peruanas recogidas por testigos coetáneos de primera fila, publicadas la mayor parte antes de mediados del siglo XVI. Conocemos algunas de ellas indirectamente, a través de Fernández de Oviedo o de su amigo veneciano Ramusio, o incluso de copias en hojas sueltas procedentes de archivos ingleses, austríacos o italianos. No obstante, existen otros textos poco posteriores que recogen noticias tempranas, redactadas por sus recopiladores y no tomadas literalmente. Ya hemos citado al cronista oficial Fernández de Oviedo que tomaba noticias ajenas, y ahora veremos que el mismo personaje —nunca visitó el Perú— se hizo eco de otra información peruana de primera fila, redactándola él mismo. De esta época, o poco posteriores, son otros dos personajes relevantes que tomaron información de segunda mano y la reelaboraron por sí mismos: el cronista Francisco López de Gómara, publicado en 1552, y el predicador dominico Bartolomé de las Casas,

publicado póstumamente. Igualmente, incluiremos en este apartado las notas ajenas tomadas por dos notables visitantes al Perú, el contable Agustín de Zárate y el traductor de quechua Juan de Betanzos.

De la magna historia de Fernández de Oviedo solo podemos aprovechar una pequeña parte de los libros dedicados al Perú; esta sección ocupa los libros 46 a 49, o sea, casi una quinta parte de su obra, pues llena casi totalmente el tomo V de la edición de la B.A.E.²⁶, aunque en su mayor parte trate de las guerras civiles. Oviedo era amigo de Almagro, quien fue primero socio y después enemigo de Pizarro, y envió a Chile con él a un hijo que murió en la aventura, como explica Porras (1986, p. 179). Por todo ello su actitud es poco partidaria de Pizarro, especialmente de Hernando, a quien culpa de la posterior guerra civil entre los conquistadores. Los primeros catorce capítulos del libro 46 reproducen más o menos fielmente la obra de Jerez, incluyendo la porción agregada de Estete (caps. 13 y 14); queda el 15 para la carta de Hernando ya recogida, y de la cual no conservamos otra copia. Luego, el 16 recoge la versión de otro visitante proveniente del Perú en Santo Domingo, el joven cordobés Diego de Molina, a quien alude Hernando al final de su carta, como informante fiable que le acompaña en su barco de regreso, y se queda en Santo Domingo en diciembre de 1533. Finalmente, el capítulo 17 recoge todas las demás informaciones primeras llegadas de Perú, sobre todo a través de dos pilotos, Pedro Corzo y Joan Cabezas. Estos dos capítulos ofrecen informaciones generales que el autor ordena por su cuenta para brindar un cuadro fiel de los otros tres relatos ofrecidos anteriormente.

Ante todo, Fernández de Oviedo trata de recuperar los nombres originales (*Cuzco* y *Cuzco viejo* ya son 'Guáscara'/Huáscar y 'Guainacaba'/Huayna Cápac), y lo repite dos veces, primero corrigiendo a Jerez (final del capítulo 13) y luego citando a Molina (inicio del capítulo 16). En realidad no eran nombres disparatados, porque revelaban la imagen 'política' de los mismos desde las provincias septentrionales, partidarias o dependientes de Atau Huallpa: eran los '*reyes de Cuzco*' (padre e hijo), donde se reunía supuestamente lo mejor y más antiguo del linaje incaico. Oviedo achaca esta confusión de nombres solamente a la codicia de los primeros conquistadores: «se engañan porque entonces, como traían más la memoria en recoger dineros que en entender

²⁶ La obra completa del cronista oficial Fernández de Oviedo sobre la historia de las Indias se compone de 50 libros pero no todos de la misma extensión. Solo fue publicada completa póstumamente (1851-55) por la Real Academia de la Historia en 4 tomos, a cargo de José Amador de los Ríos. Luego ha sido dividida en cinco tomos por el académico Juan Pérez de Tudela en la B.A.E. (1959), mejorando la edición anterior (de la que respeta la anotación del editor e ilustraciones del autor) ahora acompañada de un largo estudio preliminar en el tomo I (175 pp.) y unos índices analíticos extensos en el V (pp. 421-479). En este los capítulos peruanos ocupan de la p. 30 a la 305a, a doble columna (a y b). Nos interesan particularmente los primeros 17 capítulos del libro 46 (pp. 30-108), pues el resto de ese libro y los libros 47-49 tratan de las guerras civiles.

los nombres propios de cuyos eran, no acertaban el lenguaje» (Fernández de Oviedo, 1959, V, p. 91b). Pero estos nombres nuevos los debe al propio conquistador Molina, que se halló en el reparto de Cajamarca, o sea, fue un caballero temprano. Ya veremos la misma queja poco más tarde en boca de Betanzos: «los conquistadores hablan dello... muy lejos de lo que los indios usaron... porque entonces no tanto se empleaban en saberlo cuanto en sujetar la tierra y adquirir» (Betanzos, 2004, p. 45).

Oviedo entrevista minuciosamente al joven caballero Diego de Molina, para destilar la verdad con máximo detalle: quiénes acompañaron a Soto en el primer encuentro con Atahualpa (Atabáliba, que no 'Atabálica', aclara), cómo se llamaba el pueblo en que Pizarro inicia su ascenso a la sierra (no 'la Ramada', sino *Cullique*), cómo se llamaba el fraile que interroga primero al inca (el dominico Fr. Vicente, de la provincia de Toledo), cuántos indios murieron en la plaza de Cajamarca (2800 indios), etcétera. Todo ello se ofrece sin mucho orden ni extensión descriptiva, y más como respuesta a un rápido interrogatorio de curiosos. Sin embargo, en el largo capítulo 17 (pp. 94a-108b) se destilan con mayor detalle y extensión los informes de dos pilotos, Pedro Corzo y Joan Cabezas, cuya pericia superior reconoce Oviedo:

Como estas cosas de la Nueva Castilla son en sí tan grandes, e tan apartadas e tan nuevas, e tan desviadas e peregrinas, así no he cesado de inquirir todo lo que he podido escudriñar... y en especial de aquellos hombres que saben mejor que otros entender y examinar lo que ven. Y así por su buen juicio como por su edad y experiencia larga que el piloto Pedro Cor[z]o tiene en estas cosas de Indias... ha dicho lo que agora diré, preguntándole yo por las cosas de la tierra e mares australes... Añadiendo..., digo que otro piloto llamado Joan Cabezas [por otro nombre llamado Joan de Grado, asturiano, 107a], que en aquellas partes anduvo (e hombre muy cursado en Indias) me dijo... (Fernández de Oviedo, 1959, V, pp. 94a y 95b).

La parte más sustancial se debe al segundo piloto (pp. 95-108), quien descubrió desde Sierra Morena hasta Caxas y Chincha, es decir, a partir de la costa visitada por el piloto Bartolomé Ruiz, que ayudó a Pizarro en la primera parte del avance a Cajamarca (p. 107a). La información del primer piloto es puramente geográfica y de historia natural, destacando la preferencia de Pizarro por Lima o Ciudad de los Reyes, como lugar de residencia. La procedente del piloto asturiano, Joan Cabezas, es más completa; se inicia, con las partes marinas del territorio (Islas de Cocos y Gorgona; salinas, betunes o brea, manglares, Puerto Viejo, agua potable y de lluvia, balsas, etcétera). De pronto nos informa del Cuzco, y salen a relucir sus 'orejones' incas como fundadores²⁷, sus edificios y fortaleza, y su religión solar.

²⁷ El autor ya sabe la etimología de *Cápac inca*, 'solo señor o único señor', y de *Vira cocha* o 'gordura de la mar'.

Sin embargo, esto no es más que una interrupción en su descripción del territorio septentrional, tanto de los llanos como de la Sierra paralela, aunque le dedica un apartado mediano a los ‘mochicas’ en la zona norte. Otra vez súbitamente, trata la historia incaica con el relato detallado del reinado de ‘Guainacaba’ (Huayna Cápac, pp. 101b-103b). Destaca que este les retira las armas a los habitantes de los llanos y les impide sacrificar hombres, una noticia de interés en cuanto conecta con la tesis del Inca Garcilaso de que no había sacrificios humanos entre los incas:

Venido el tiempo de un inga que se llamaba Guainacaba, éste fue el mayor señor e más querido que ha habido en aquellas partes; e aqueste mandó e instituyó en los llanos todos que no tuviesen armas ni usasen dellas, e los hizo tributarios, así a éstos como a los de las sierras... Este grand señor Guainacaba mandó que no sacrificasen hombres, e que no matasen las hembras del ganado, e que los sacrificios fuesen de animales. Este hizo dos caminos, uno por los llanos y otro por la sierra, de treinta pies de ancho, poco más o menos; e por éstos se podían caminar sepecientas leguas que señoreaba... que es cosa de mucha admiración verlo, e una obra a la cual ninguna semejante se le iguala en aquellas partes, e aún en el mundo, o lo que de él se sabe por los cristianos.... (Fernández de Oviedo, 1959, V, p. 101b).

En todo caso, estos informes de Oviedo quedaron sepultados en los archivos hasta su edición en el siglo XIX. Lo mismo ocurrió con la obra hoy muy conocida de Bartolomé de las Casas. Me refiero a la parte de su *Historia de las Indias* que él mismo titula *Apologética historia sumaria*²⁸, en la cual recogió toda la información disponible sobre las sociedades americanas. Desde la época de Jiménez de la Espada se ha intentado conocer las fuentes que Las Casas empleó en esta obra. El dominico solamente menciona a Miguel de Estete para el relato de Pachacámac; sin embargo, los estudiosos han concluido que se valió especialmente de tres autores: Jerez, Cieza y Cristóbal

²⁸ La *Apologética* se escribió en la década de 1550 y tuvo muchos retoques en la década siguiente, pero no fue publicada sino parcialmente en el volumen 66 de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (Madrid, 1876), como apéndice a su *Historia de las Indias* (vols. 62-66). La parte relativa al Perú, tomada directamente del Ms. conservado en la R. Academia de la Historia (Colección J. B. Muñoz A-73), fue publicada en 1892 por Jiménez de la Espada, con el título «*De las antiguas gentes del Perú*». Finalmente fue publicada entera en 1909 por M. Serrano y Sanz en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles (vol. 13), y otra vez completa con la *Historia* en la misma colección (tercera serie), en 5 vols. (BAE, vols. 95-96, 105-106 y 110, entre 1957 y 1961), ocupando 963 pp. y 2 vols. en 1958 (III y IV), a cargo de Juan Pérez de Tudela (el mismo autor que editó la obra histórica completa de F. de Oviedo, por esos mismos años). Deben destacarse sus estudios introductorios respectivos, que preceden tanto a la *Historia* como a la *Apologética*. Asimismo, son destacables el estudio y la edición del historiador mexicano Edmundo O’Gorman en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM (Mexico, 1967, 2 vols), y la que puede considerarse la edición de referencia en los vols. 6-8 de sus *Obras completas* de la Ed. Alianza, Madrid, 1992), coordinada por Vidal Abril.

de Molina, el chileno²⁹. Tanto Jiménez de la Espada como posteriormente Pérez de Tudela se quejan de la complejidad y extensión de la prosa lascasista, que no favorece la captación de lectores, así como de la apuesta indigenista que pone la información al servicio de un programa probatorio. Antes Jiménez de la Espada había observado: «El traslado de los textos de Cieza y Molina confirma nuestra suposición y nos ofrece a mayor abundamiento una prueba de las demasías del fanatismo apologético del Apóstol indiano, en las descripciones de los monumentos arquitectónicos y otras obras de arte de los primitivos peruanos» (Jiménez de la Espada, 1892b, p. XVIII).

En la *Apologética historia* de Las Casas no hay propiamente datos peruanos que sorprendan a un lector de las primeras crónicas. Sin embargo, la información se organiza ahora en bloques (orden material de sus ciudades y sociedades en los capítulos 56-58, religión de la sierra y los llanos en los capítulos 131-133, y organización política en los capítulos 140-141), que nos ayudan a relacionar unos datos con otros, y adquirir una visión de conjunto. Además, tratan del Perú los capítulos 68, 126 y 182, siempre al servicio de una prueba argumental de la excelencia de las sociedades americanas³⁰. Por ejemplo, se insiste repetidamente en la bondad del medio ambiente, sobre todo del previsor gobierno incaico, y salva a los incas del defecto generalizado de los sacrificios humanos. El argumento apologético principal se apoya en la obra aristotélica, que determinaba las condiciones políticas para ser considerados civilizados (tener poblados, autoridades, edificios, moneda, etcétera), como puede verse:

Y porque, según el Filósofo en el libro I de *las Políticas*, cap. 5, y en el libro VI, cap. 4, la vida y ejercicio de los pastores en muchas cosas es semejante a la de los labradores, porque guardar y apascentar los ganados es cuasi curar e cultivar e usar

²⁹ En la edición de la *Apologética* de 1992 se incorpora un ensayo de Leoncio López-Ocón, gran estudioso de Jiménez de la Espada, que confirma las sugerencias anteriores en una tabla final (pp. 275-282), y agrega la posible influencia del cofrade dominico, Domingo de Santo Tomás, conocido indigenista peruano y autor de la primera gramática y vocabulario quechua (Valladolid, 1560). Ambos compartieron la lucha por los derechos indianos, y la admiración cultural por las civilizaciones encontradas. Sin embargo, la *Apologética* no tiene alusiones a la excelencia de la lengua incaica. Las Casas hereda mucho del espíritu de la obra del cura secular Cristóbal de Molina, el chileno, *Relación de cosas acaecidas en el Perú*, conocida también como *La destrucción del Perú* (c.1550).

³⁰ Jiménez de la Espada selecciona todos estos capítulos de Las Casas, pero los divide internamente en 27 capítulos, ocupando 241 páginas, que titula por su cuenta como el mismo título general que añade, y un apéndice en que estudia minuciosamente su relación con la fuente principal, el cura almagrista Cristóbal de Molina, que ofrece a partir del manuscrito de la Academia de la Historia, copia del cronista ilustrado Muñoz. Si seguimos a Porras (1986, p. 317), Molina no podía ser el autor de este manuscrito anónimo, dado que no estuvo en Riobamba mediando entre Almagro y Alvarado, ni en Cuzco mediando entre Almagro y Pizarro, de los cuales encuentros el cronista parece ser testigo directo. El autor sería otro clérigo que acompañó a Almagro a Chile, Bartolomé de Segovia. Tampoco se le puede llamar 'almagrista' a su autor, porque le censura a menudo.

agricultura viva y, después del pueblo que consta de labradores, el segundo lugar en bondad es el pueblo de los pastores (*pastoribus qui constat optimus est post populum qui constat ex agricolis*); por esto será bien traer en este lugar un poco de los pastores, que en las tierras destas Indias donde Dios quiso proveer de ganados, los había. Y estos solamente hasta hoy sabemos que en los reinos del Perú los hobiese, porque en ninguna otra tierra o región sino allí se han visto ganados domésticos (Jiménez de la Espada, 1892b, pp. 22-23).

Con todo, el dominico sabía sacar partido de la ventaja cultural de los pueblos americanos con relación a la antigüedad y el presente del Viejo Mundo, aunque a veces se expresaba con demasiada batería retórica, llenando sus frases de incómodos ‘hipérbaton’, o posponiendo el verbo al final, como lo ilustra este ejemplo:

[...] todas las [provincias] del mundo con toda la industria humana deben callar y aprender de la sotileza tan ingeniosa que las gentes naturales del Perú [tuvieron: sin hipérbaton], cerca de sacar los ríos y las fuentes para hacer las tierras secas y estériles y que nunca dieran fructos y las hicieron fertilísimas, tuvieron. No se podrá encarecer la manera tan ingeniosa que [tuvieron: sin hipérbaton] para sacar de sus madres y naturales cursos y caminos grandísimos ríos y proveer de regadíos muchas leguas de tierra y sustentarlas en frescura y fertilidad, tuvieron (Jiménez de la Espada, 1892b, p. 20).

En ese lenguaje elegante, pero con más claridad y brevedad, le imitaba su enemigo argumental, el clérigo Francisco López de Gómara, que buscaba, por encima de todo, la síntesis en su historia del Nuevo Mundo. Como se sabe, el clérigo soriano era un buen estudiante universitario, que se codeó en Italia con hombres cultos y refinados como Diego Hurtado de Mendoza, embajador español ante la Santa Sede y Venecia, dueño de una excelente colección de manuscritos griegos que terminaron en El Escorial, y Juan Páez de Castro, secretario del anterior y asesor real que preparó la biblioteca de El Escorial, reunió una colección de refranes castellanos con Hernán Núñez y admiraba los jardines botánicos italianos. Además de unos *Anales del emperador Carlos V* y una comparación del Imperio otomano con el cristiano en dos obras *Guerras de mar y Crónica de los Barbarrojas*, se propuso elevar a Hernán Cortés al puesto de héroe civilizador, recibiendo por ello un premio de su hijo Martín que nunca cobró en vida, porque todavía lo reclamaba en su testamento³¹.

³¹ Según la estudiosa Nora E. Jiménez (2001), Gómara no fue nunca capellán de Cortés, como le acusara Las Casas, por tanto, sus alabanzas reiteradas al capitán extremeño no fueron ‘de oficio’, sino libremente elegidas. De hecho, su crónica está llena de juicios libres y cáusticos sobre conquistadores, y se lo echarían en cara luego (por ejemplo, el Inca Garcilaso, sobre su padre). Ni siquiera parece haber tratado en forma continuada a Hernán Cortés, sino solamente al hijo, a quien dedica

Falta por hacer el debido aprecio literario de *Historia de las Indias* de Gómara, acorde con la calidad y difusión internacional de la misma. La parte dedicada al Perú se hace dentro de una historia general del Nuevo Mundo y su conquista (primera parte), que precede a la conquista mexicana por Cortés (segunda parte). Desde luego, bien leído, no se le puede achacar falta de sensibilidad hacia las novedades americanas, precisamente por su capacidad para compararlas con el mundo viejo y clásico. Véase cómo sabe justificar su propia obra, dirigiéndose «a los leyentes»:

Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita... la nuestra... es tan apacible cuanto nueva por la variedad de cosas, y... por sus muchas extrañezas. El romance que lleva es llano... las sentencias, claras, aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. Por tanto, se debe contentar quien lee historias de saber lo que desea, en suma y verdadero; teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aún muy odioso... La brevedad a todos place; solamente descontenta a los curiosos, que son pocos, y a los ociosos, que son pesados... En lo demás, ningún historiador humano contenta jamás a todos... (López de Gómara, 1978, p. 3).

Cuando justifica la semejanza fundamental del Nuevo Mundo con el Viejo, a pesar de sus diferencias, comenta:

También se puede llamar nuevo [mundo] por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro... que no es pequeña consideración del Criador, siendo los elementos una misma cosa allá y acá. Empero los hombres son como nosotros, fuera del color, que de otra manera bestias y monstruos serían y no vendrían —como vienen— de Adán (López de Gómara, 1978, p. 7).

Su narración de los trabajos hispanos y las sorpresas ocurridas a cada paso, en el lento y sorpresivo recorrido del Perú y el encuentro con sus habitantes, es amena y precisa. No podemos ocuparnos de verlo con detalle, y menos aún en cuanto a las guerras civiles entre españoles. Pero sí podemos mostrar su sensibilidad ante la cultura incaica, poniendo en boca de sus representantes argumentos insospechados.

la obra de los Barbarrojas. Al padre le dedica la segunda parte de su historia indiana; la primera está dedicada al emperador mismo. Sin lograr ser cronista real, Gómara estuvo largo tiempo aspirando a serlo en Bruselas. La prohibición de su obra histórica cortesiana, nunca bien explicada (Bataillon, 1956), parece reducirse al hecho de su defensa excesiva de un conquistador, que disputaba a veces la autoridad imperial. No suele ponderarse que la Corona prohibió las alabanzas excesivas a ese mundo privado por parte de Sepúlveda, su cronista imperial; pero no recogió ni prohibió las críticas al mismo Bartolomé de las Casas; obviamente, quería debilitar al partido de los orgullosos nobles, siguiendo la política centralista de los Reyes Católicos. En todo caso, la obra de Gómara, prohibida en Medina del Campo (Castilla), se siguió reproduciendo en Zaragoza, en el ámbito más libre de la Corona de Aragón.

La respuesta de Atau Huallpa al padre Valverde es magnífica pues recoge la esperada seguridad del emperador andino ante los osados advenedizos. Tal vez Gómara agregó a la descripción algo de su propia cuenta:

Respondió Atabáliba muy enojado que no quería tributar siendo libre, ni oír que hubiese otro mayor señor que él; empero, que holgaría de ser amigo del emperador y conocerle, ca debía ser gran príncipe, pues enviaba tantos ejércitos como decían, por el mundo; que no obedecería al papa, porque daba lo ajeno y por no dejar, a quien nunca vio, el reino que fue de su padre. Y en cuanto a la religión, dijo que muy buena era la suya y que bien se hallaba con ella, y que no quería, ni menos debía poner en disputa, cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murió, y el Sol y la Luna nunca morían, y que ¿cómo sabía el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? (López de Gómara, 1978, p. 171).

Así como Oviedo no visitó el Perú, y Gómara ninguna tierra americana, Agustín de Zárate, el tercer caso de historiador humanista que trataremos, sí visitó el país andino brevemente. Zárate viajó al Perú en 1543 en compañía de su sobrino, el licenciado Polo de Ondegardo, y el virrey Núñez Vela —que moriría a manos de un Pizarro—, y nos dejó *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú* (Amberes, 1555). Si bien Zárate debía contabilizar los pagos a la hacienda real, aparentemente defendió más los intereses privados de los Pizarro, por lo cual entraría en la cárcel por seis años a su regreso a España (1546-1553)³². Se dice que la crónica peruana de Zárate «es uno de los relatos más conocidos y divulgados sobre la conquista del Perú... En ningún otro cronista, si no es en Gómara, hallaremos una visión panorámica semejante.... Sin la elegancia latinizante de Gómara... tiene el equilibrio y la proporción, la ecuanimidad y la buena salud de los clásicos» (Porras, 1986, p. 215).

Ambos, Gómara y Zárate, tienen influencia humanista y los dos pretenden usar con arte su prosa castellana. Se le suele dar ventaja a Zárate por haber sido testigo directo de los hechos narrados, pero la verdad es que gran parte de la información ofrecida se debe a fuentes ajenas; el cronista solo reconoce en su introducción al conquistador Rodrigo Lozano, fuente compartida con Gómara. Es evidente la claridad de expresión en Zárate y la concordancia de sus frases, a pesar de las continuadas referencias a autores antiguos. Por nuestra parte solo deseamos señalar el valor de sus reflexiones, especialmente en el campo de lo indiano. Zárate llega a lo indiano tras contar las guerras civiles, que no se entenderían sin remontarse a sus causas: «Llegados allá, vi tantas revueltas y novedades en aquella tierra, que me pareció cosa digna de ponerse por memoria; aunque, después de escrito lo de mi tiempo, conocí que no se podía bien entender si no se declaraban algunos presupuestos, de donde

³² Como tenía amigos poderosos en la corte, la mayor parte fue una prisión domiciliaria.

aquello toma origen» (Zárate, 1995, p. 17 Dedicatoria). Para testimoniar el mérito de sus averiguaciones de la antigüedad incaica, nos señala el medio empleado:

Y las cosas de cuenta se perpetúan por medio de unas cuerdas de algodón, que llaman los indios *quippos*, denotando los números por nudos de diversas hechuras, subiendo por el espacio de la cuerda desde las unidades a decenas, y así dende arriba, y poniendo la cuerda del color que es la cosa que quieren mostrar; y en cada provincia hay personas que tienen cargo de poner en memoria por estas cuerdas las cosas generales, que llaman *quiplocamayos*; y las cuales con gran facilidad da á entender el que las tiene á cargo, aunque sean de muchas edades antes dél (Zárate, 1995, p. 36).

No vamos a mencionar el controvertido tema de los cambios operados por Zárate en la edición de 1577 (Bataillon, 1961, 1963), en los tres o cuatro capítulos famosos suprimidos o alterados del libro I (sobre creencias mitológicas, sacrificios o la inmortalidad del alma). Nos conformamos con una idea suya, constante en las varias ediciones, acerca de la excelencia del gobierno incaico, especialmente el de Huaina Cápac (Guaynacaba), cuya red viaria compara a la española:

Por la sucesión destes ingas vino el señorío a uno dellos que se llamó Guaynacaba (que quiere decir ‘mancebo rico’)³³, que fue el que mas tierras ganó y acrecentó á su señorío, y el que mas justicia y razón tuvo en la tierra, y la redujo á policía y cultura; tanto que parecía cosa imposible una gente bárbara y sin letras regirse con tanto concierto y orden, y tenerle tanta obediencia y amor sus vasallos, que en servicio suyo hicieron dos caminos en el Perú, tan señalados que no es justo que se queden en olvido; porque ninguna de aquellas que los autores antiguos contaron por las siete obras [= maravillas] más señaladas del mundo se hizo con tanta dificultad y trabajo y costa como éstas... Y verá la dificultad desta obra quien considerare el trabajo y costa que se ha empleado en España en allanar dos leguas de sierra que hay entre el espinar de Segovia y Guadarrama, y como nunca se ha acabado perfectamente, con ser paso ordinario, por donde tan continuamente los reyes de Castilla pasan con sus casas y corte todas las veces que van ó vienen del Andalucía o del reino de Toledo a esta parte de los puertos (Zárate, 1995, pp. 56-57).

Finalmente, llegamos al caso de Juan de Betanzos, conocedor de la lengua quechua³⁴ y autor de *Suma y narración de los Incas*. También recogió la genealogía

³³ Este prurito de denominar las cosas andinas con nombres andinos lo aborda precisamente en este capítulo, a propósito de la errónea denominación española, que prefiere el nombre antillano o mexicano ya conocido (cacique por *curaca*, maíz por *zara*, chicha por *azuá*).

³⁴ Dijo haber hecho en ese idioma, una doctrina cristiana junto con dos vocabularios, no conservados hoy. Nicánor Domínguez (1994) sugirió una relación temprana de Betanzos con los dominicos y fray Domingo de Santo Tomás, en términos paralelos a Cieza; es cierto que en sus misiones al reducto de Vilcabamba le acompañan dominicos.

incaica cuzqueña contada por ellos mismos, a petición del virrey don Antonio de Mendoza. Estuvo casado con una mujer de la familia real incaica, Cusi Rimay Ocllo, bautizada como doña Angelina a la muerte de Pizarro en 1541, de quien tuvo dos hijos. Después casó con Betanzos y le dio dos hijos. De esta boda deriva aparentemente toda su autoridad para conocer la historia incaica desde dentro, así como su propio estilo de escritura, que Porras (1986, p. 310) calificó de ‘rústico’; curiosamente algunos estudiosos, entre ellos Pease y Porras, achacan esta rusticidad de estilo a la influencia del quechua. Otros (Mazzotti, Fossa) han querido ver en la obra de Betanzos la presencia de una ‘voz colectiva’ andina, propia de una epopeya nativa, que llaman de modo diverso: oralidad, coralidad, etcétera. Ya el propio Jiménez de la Espada lo avanzaba:

Nadie como Betanzos, al referir las obras, hechos, acciones y pasiones de los indios peruanos, retrata con más verdad el carácter de esta gente, su flema, su calma, y los súbitos arranques de crueldad, alegría, tristeza ó miedo que con ella contrastan; *las cosas, en su historia, suceden a lo indio*, no como en Cieza y Garcilaso y otros las leemos, a la española, ó quizá a la romana y a la griega. Cuando habla un personaje, habla y se produce como en su tierra, discurriendo prolijamente, remachando los conceptos, repitiendo, sin necesidad, unas mismas frases, escaseando los sinónimos (Jiménez de la Espada, 1880, pp. III-IV, cursivas mías).

La única obra que nos ha quedado de él es su crónica, titulada *Suma y narración de los Incas... agora nuevamente traducido é recopilado de lengua india*. La descubrió Jiménez de la Espada en la biblioteca del Escorial, y la publicó, junto con la segunda parte de la *Crónica del Perú*, de Cieza, en 1880. El propio editor estuvo a punto de no darla a la stampa, porque se interrumpe en el capítulo 18. El manuscrito completo lo encontró María del Carmen Martín Rubio en 1987, en archivos de Palma de Mallorca, y lo publicó en 2004. En 2014 apareció una versión paleográfica del nuevo manuscrito de Betanzos en la PUCP de Lima, a cargo de Francisco Hernández Astete y Rodolfo Cerrón-Palomino, con valiosos estudios interdisciplinarios. Betanzos intervino como intérprete ayudante en otra obra indianista, el llamado «Discurso sobre la descendencia y gobierno de los incas», encuesta realizada por el gobernador Cristóbal Vaca de Castro; el «Discurso» también lo descubrió Espada y lo publicó en 1892. No han llegado hasta nosotros una doctrina cristiana y vocabulario en forma de catecismos bilingües que, en la dedicatoria de su obra conservada, Betanzos declara haber escrito cuando era mozo:

Acabado de traducir y recopilar un libro que Doctrina chriptiana se dice, en el cual se contiene la doctrina chriptiana y dos Vocabularios, uno de vocablos, y otro de noticias y oraciones enteras y coloquios y confisionario, quedó mi juicio

tan fatigado y mi cuerpo tan cansado, *en seis años de mi mocedad que en él gasté*, que propuse, y había determinado entre mí, de no componer ni traducir otro libro de semejante materia en lengua india (Jiménez de la Espada, 1880, s.p. La cursiva es mía).

Se ve en esta declaración que, mientras los demás conquistadores descansaban, él escribía sin descanso³⁵. La gran novedad del descubrimiento del código de Mallorca es una segunda parte de 34 capítulos, donde la guerra entre Huáscar y Atau Huallpa ha adquirido lo que Pease denomina (1995, cap. VIII) un estatuto mítico. Más que batallas entre aspirantes al trono, como los presentan los españoles a Atau Huallpa y a su hermano de Cuzco, parece ser que se trata más bien de acuerdos rituales de gobierno entre un inca de arriba (*hanan*, los ganadores de las batallas y del gobierno) y otro de abajo (*burin*, los vencidos y solo administradores). Creo que hay un nivel mitológico y ritual que no cabe confundir con el cristiano, y ahí el informe de Betanzos nos da algo nuevo. No obstante, de ello a dar por hecho que el encuentro bélico entre incas y españoles no se dio realmente, y que no jugaron a favor de los últimos las hostilidades militares entre los primeros, nos resulta duro de entender. Tanto los andinos como los europeos se llevaron algunas sorpresas cuando se enfrentaron. Con todo, se adaptaron poco a poco a las nuevas circunstancias. Por otro lado, había mito y rito de ambos lados y no por ello dejaron de obrar unos y otros a su conveniencia.

3. CONCLUSIÓN

Los escritos de pilotos, administradores y conquistadores de la primera época (1530-1550) y los cronistas e intérpretes de la segunda (1550 y 1560) que hemos comentado, ofrecen una historia de encuentros y desencuentros, conflictiva a varios niveles y más complicada con el paso del tiempo. No obstante falta la contraparte nativa, creo que los primeros europeos fueron sensibles a sus reacciones, y me ha parecido oportuno llamar la atención sobre ello, más que insistir en lo contrario. Si bien hemos tenido que abreviar mucho, esperamos haber podido mostrar la paulatina evolución de la mirada europea y las diferencias en ambos grupos de autores a causa de distintos talentos y coyunturas personales. No nos ha importado solamente la información aportada y frecuentemente ofrecida con titubeos; hemos querido destacar los modos cambiantes de ver y narrar la propia experiencia.

³⁵ Cieza tiene una frase parecida: «mientras los otros soldados descansaban, me cansaba yo escribiendo».

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Rolena (1996). Culturas en contacto: Mesoamérica, los Andes y la tradición escrita europea. En Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker, eds., *Historia de la literatura hispanoamericana. I. Del descubrimiento al modernismo* (pp. 60-84). Madrid: Gredos.
- Albuquerque García, Luis (coord.) (2011). Teoría e historia en los relatos de viaje. *Revista de Literatura*, LXXIII(145), 9-12.
- Aranibar, Carlos (ed.) (1991). *Comentarios reales de los Incas*. Edición, índice temático y glosario de Carlos Aranibar. 2 tomos. México: Fondo de Cultura Económica.
- Arellano, Ignacio & Fermín del Pino (eds.) (2004). *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias. Una propuesta interdisciplinar*. Madrid y Pamplona: Vervuert; Iberoamericana; Universidad de Navarra.
- Bataillon, Marcel (1956). Hernán Cortés, autor prohibido. En *Libro Jubilar de Alfonso Reyes* (pp. 77-82). México: Universidad Nacional Autónoma.
- Bataillon, Marcel (1961). Un chroniqueur péruvien retrouvé: Rodrigo Lozano. *Cahiers de l'Institut des Hautes Études de l'Amérique latine*, 2, 1-25.
- Bataillon, Marcel (1963). Zarate ou Lozano? Pages retrouvés sur la religion péruvienne. *Caravelle*, 1, 11-28.
- Bandelier, Adolf F. (1892). The 'Montezuma' of the Pueblo Indians. *American Anthropologist*, 5, 319-326.
- Betzanos, Juan de (1987 [1551]). *Suma y narración de los Incas*. Transcripción, notas y prólogo por M^a Carmen Martín Rubio. Madrid: Atlas.
- Betzanos, Juan de (2014). *Suma y narración de los Incas*. Edición de M^a Carmen Martín Rubio. Incluye «Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas» (pp. 358-390). Madrid: Polifemo.
- Bravo Guerreira, Concepción (ed.) (1985). *Francisco de Jerez, Verdadera relación de la conquista*. Madrid: Historia 16.
- Caballero Wangüemert, M^a del Milagro (1983). La *Conquista del Perú* de Francisco de Jerez. En Sevilla Bibiano Torres Ramírez y José J. Hernández Palomo (coords.), *Andalucía y América en el siglo XVI: actas de las II Jornadas de Andalucía y América* (pp. 303-339). Sevilla: CSIC, Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Domínguez Faura, Nicanor (1998). Dos breves notas sobre el cronista Juan Diez de Betanzos. *Revista Andina*, 1, 211-214.
- Esteve Barba, Francisco (1964). *Historiografía indiana*. Madrid: Gredos.

- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1547). *Crónica de las Indias. La hystoria general de las Indias agora nuevamente impressa corregida y emendada. Y con la conquista del Perú*. Salamanca: Juan de Junta.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1959). *Historia general y natural de las Indias*. Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela. Madrid: Atlas.
- Hernández Astete, Francisco & Rodolfo Cerrón-Palomino (eds.) (2014). *Juan de Betanzos y el Tahuantinsuyo. Nueva edición de la Suma y narración de los Incas*. Con la colaboración de Laura Gutiérrez Arbulú, Liliana Regalado de Hurtado, Peter Kaulicke y Nicanor Domínguez. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Jiménez Placer, Antonio (1911). Vida de Francisco López de Jerez. *Archivo de Investigaciones Históricas*, 1, 418-454; 2, 236-269.
- Jiménez, Nora Edith (2001). *Francisco López de Gómara. Escribir historias en tiempos de Carlos V*, Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán e Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Jiménez de la Espada, Marcos (1880). *Segunda parte de la Crónica del Perú, que trata del Señorío de los incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación*. Edición y prólogo de... *Suma y narración de los incas que los indios llamaron capaccuna, que fueron señores de la ciudad del Cuzco y de todo lo á ella sujeto, escrita por Juan de Betánzos*. vol. V. Madrid: Biblioteca Hispano-Ultramarina.
- Jiménez de la Espada, Marcos (1892a). Una antigualla peruana. *Revista Contemporánea*, 86, 362-384.
- Jiménez de la Espada, Marcos (1892b). *De las antiguas gentes del Perú. Por el Padre Fray Bartolomé de las Casas*. Madrid: Colección de libros españoles raros ó curiosos, tomo XXI.
- Larrea, Carlos M. (1918). *El descubrimiento y la conquista del Perú*. Relación inédita de Miguel Estete. La publica con introducción y notas.... *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos*, 1(3), 300-350.
- Las Casas, Fray Bartolomé de (1992). *Apologética historia sumaria*. Edición de Vidal Abril Castelló y otros. 3 vols. (tomos 6-8 de *Obras completas*, dirigida por P. Castañeda Delgado). Madrid: Alianza.
- Lohmann Villena, Guillermo (1965). Juan de Matienzo, autor del Gobierno del Perú (su personalidad y su obra). *Anuario de Estudios Americanos*, XXII, 767-886.
- López de Gómara, Francisco (1978). *Historia general de las Indias*. Prólogo y cronología por Jorge Gurria Lacroix. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- López-Ocón Cabrera, Leoncio (1991). «De viajero naturalista a historiador: las actividades americanistas del científico español Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898)». Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.

- López-Ocón Cabrera, Leoncio (1992). Las fuentes peruanas de la *Apologética historia*. En Fray Bartolomé de las Casas, *Apologética historia sumaria* (pp. 261-282). Madrid: Alianza.
- Molina, Cristóbal de (1968). *Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú, en suma, para entender a la letra la manera que se tuvo en la conquista y poblazón destos reinos...* En F. Esteve Barba, ed., *Crónicas peruanas de interés indígena* (pp. 56-96). Madrid: Atlas.
- Murra, John V. (2002). «Nos hacen mucha ventaja»: percepción europea temprana de los logros andinos. En *El mundo andino: población, medio ambiente y economía* (pp. 25-40). Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto de Estudios Peruanos.
- Pascual, José Antonio (1990). La edición crítica de los textos del Siglo de Oro: de nuevo sobre su modernización gráfica. En M. García Martín y otros, eds., *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro*. II Congreso de la AISO. (I, pp. 37-57). Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Pease G.Y., Franklin (1995). *Las crónicas y los Andes*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Pease G.Y., Franklin (2010). *Las crónicas y los Andes*. Edición revisada y actualizada por Javier Flores Espinoza. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1937). *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*. París: Cuadernos de Historia del Perú.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1944). *Los cronistas del Perú (1528-1650)*. *Apuntes de sus lecciones de la Universidad de San Marcos*. Copia mimeografiada. Lima: UNMSM.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1948). El anónimo sevillano de 1534 es Cristóbal de Mena. En *Reseñas y trabajos científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas* (II, pp. 235-249). Madrid: S. Aguirre.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1962). *Los cronistas del Perú (1528-1650)*. Lima: Sanmartí.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1954). *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: J. Mejía Baca; P. L. Villanueva.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1959). *Cartas del Perú (1524-1543)*. Lima: Sociedad de Bibliófilos Peruanos.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1963). *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Instituto R. Porrás B.; Librería e Imprenta Minerva.
- Porrás Barrenechea, Raúl (1986). *Los cronistas del Perú (1528-1650) y otros ensayos*. Edición, Prólogo y notas de Franklin Pease G.Y. Bibliografía de Félix Álvarez Brun y Graciela Sánchez Cerro, revisada, aumentada y actualizada por Oswaldo Holguín Callo. Biblioteca Clásicos del Perú n° 2. Lima: Ediciones del Centenario.
- Porrás Barrenechea, Raúl (2014). *Los cronistas del Perú (1528-1650)*. Edición de Oswaldo Holguín Callo, Lima: Biblioteca Abraham Valdelomar; Instituto Raúl Porrás Barrenechea; Academia Peruana de la Lengua.

- Prescott, William (1949). *Historia de la conquista del Perú, precedida de una ojeada sobre la civilización de los Incas*. Traducción de Joaquín García Icazbalceta. Ciudad de México: R. Rafael.
- Ramusio, Giovanni Battista (1550). *Delle navigationi et viaggi...* (primo, secondo e terso volumen). Venezia: Giunti.
- Salas, Alberto M., Miguel A. Guérin & José Luis Moure (eds.) (1986). *Crónicas iniciales de la conquista del Perú* (pp. 35-63). Buenos Aires: Plus Ultra.
- Sancho de la Hoz, Pedro (1849). *Relación de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla, y de la calidad de la tierra, después que el capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a Su Majestad la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del cacique Atabálipa*. Apéndice a la W.H. Prescott, *Historia de la conquista del Perú, precedida de una ojeada sobre la civilización de los Incas* (pp. 667-766). Trad. Joaquín García Icazbalceta. Ciudad de México: R. Rafael.
- Seguí, Agustín (2006). Atahuallpa y Atabálipa. En *Actas del XIV Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL)*. Sección de dialectología y sociolingüística. Santiago de Chile. www.mundoalfal.org.
- Vitoria, Francisco de (1975). *Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra*. Madrid: Espasa Calpe.
- Zárate, Agustín de (1995). *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Edición, notas y estudio preliminar de Franklin Pease y Teodoro Hampe Martínez. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.